

**José María Salaverri**  
*Amigos en el Señor*  
*Hombres y mujeres de la historia unidos por la fe*  
**Ediciones Encuentro. Madrid, 2015. 328 pp.**

José María Salaverri, a través de sus obras, nos tiene acostumbrados a penetrar en la vida de las personas. Su finalidad no es otra, que una vez presentada la experiencia de unos hombres, el resto, podamos aprender de ellos. En *Amigos en el Señor. Hombres y mujeres unidos por la fe*, el autor se centra en un aspecto fundamental del ser humano: la amistad. Una amistad vivida entre hombres y mujeres de distintas épocas, pero con la peculiaridad de que todos ellos expresan esa unidad humana a la luz del Señor.

A lo largo de la Historia, siempre han existido recelos cuando se habla de dos buenos amigos de diferente sexo. Parece que no es posible que un hombre y una mujer lleguen a ser amigos íntimos si ese vínculo no va acompañado de una relación sexual. En algunas épocas, porque era impensable una relación de igualdad entre el varón y la mujer; en otras, porque la cosificación de los seres humanos hace imposible ver al otro como algo más que un juguete para ser usado.

El autor eleva la relación de amistad intersexual de una forma magistral. En el Señor todo es posible, la persona que ha tenido un encuentro de amistad con Cristo, queda tocado para poder abrirse sin reservas a la amistad con cualquier otra persona: «Para todo cristiano, la consecuencia necesaria de su amistad con Jesús es ver siempre a un amigo potencial en cualquier otra personas y desear para ella lo que él mismo goza. La puerta queda abierta para la posibilidad de amistades espirituales de todo tipo, también intersexuales» (p. 11). Es más, Salaverri da un paso más, si dos seres humanos se han encontrado con el Señor y están dispuestos a compartir esa experiencia entre ellos, el grado de relación que les une va más allá de los prejuicios humanos, porque todo ha quedado purificado bajo los ojos del Dios hombre. Compartiendo el encuentro con Jesús, la amistad humana se eleva, se purifica, se vive en plenitud y llena a las almas de alegría. La fuerza del vínculo permite que de una amistad así vivida se originen unos frutos más allá de lo que las meras fuerzas humanas podrían hacer.

A lo largo de los capítulos en los que se estructura el libro, el autor presenta relaciones de amistad intersexual, y como, probablemente por esa unión se han podido lograr con éxito las empresas que sus protagonistas acometen. A lo largo de las páginas podemos conocer las experiencias vividas por: Juan Crisóstomo y Olimpia; Jerónimo, Paula, Eustoquia y...; Bonifacio, Lioba y...; Eulogio, Álvaro, Flora y María; Clara y Francisco; Diana y Jordán; Catalina y Raimundo; Teresa, Juan, Gracián... Y muchos y muchos más; Juana de Chantal y Francisco de Sales; Margarita, María y Claudio; Celia y Luis; y, Carlos y María.

Son una serie de relatos escogidos de vidas cristianas a través de los siglos. En unos el papel preponderante lo desarrolla el varón, pero su empresa no hubiera sido posible sin el apoyo incondicional de la hermana en la fe, como sucede en el caso de san Juan Crisóstomo y san Francisco de Asís; en otros, es la mujer la que se presenta como protagonista, pero que sin la ayuda del amigo parece ingenuo pensar que el resultado hubiera podido dar tales frutos, así leemos las páginas sobre santa Catalina de Siena, santa Teresa de Jesús y santa Margarita María. Entre todas las historias, se incluye el relato sobre Celia y Luis, padres de santa Teresa del Niño Jesús. En este capítulo se muestra no ya sólo una amistad que finaliza en matrimonio, sino todo el ambiente que esa unión genera, que culmina con la consagración a Dios de todas las hijas del matrimonio.

El estilo que utiliza el autor al escribir la obra invita a seguir leyendo más sobre cada uno de los protagonistas de los capítulos. Salavarrí investiga el vínculo de amistad, pero a la par presenta otras cualidades de cada uno de los protagonistas e introduce la misión que desarrollan. Algunas de las historias pueden resultar más conocidas; pero otras, por la lejanía cronológica o por haber sido menos divulgadas, provocan en el lector una inquietud por aprender más de estos modelos de vida. El libro hace que nos sintamos atraídos por los personajes que presenta, el bien es expansivo, y las obras de estos hombres, contagian entusiasmo a los que ahora leemos sobre sus vidas y sus frutos.

Como colofón a la lectura, la conclusión es tremendamente rica, el título del último capítulo no puede ser más sugerente: *Reflexionando sobre la amistad que nos trajo Jesús*. El autor comienza recordando el sentido de la amistad para dos sabios: san

Agustín y Aristóteles. Así podemos leer como el primero dice: «Dos cosas son necesarias aquí en la tierra: la salud y un amigo. Dos cosas muy importantes, ¡cuidado no las desprecies! Salud y amistad son dones naturales. Dios ha hecho al hombre para que viva; de ahí la salud. Lo ha hecho para que no viva solo: he aquí porque busca la amistad» (p. 314); y, del segundo: «la verdadera amistad, la perfecta, solo puede darse entre hombres buenos, iguales en virtud y que vayan creciendo juntos moralmente» (p. 314). Pasa a hacer hincapié en la revolución que supuso el cristianismo, que favorece una mirada nueva sobre la mujer, que la dignifica. Cabe hablar de una complementariedad espiritual entre hombre y mujer, de la que nace el amor cristiano, que se podrá dar tanto en su expresión conyugal como en la simple amistad intersexual. El autor atraído por el tema, estudia las relaciones humanas desde el prisma de la unión en el Señor, y hace un alegato al ser sexuado de hombre, que afecta toda su vida y relaciones y que tanto enriquece.

Todo el pensamiento de Salaverri supone un contraste con el mundo actual que parece no entender la relación hombre-mujer más allá de una mera atracción sexual, y entra en choque con la tan ideología de género que tan pobremente se presenta en nuestra sociedad. Frente a una pobre interpretación de la relación hombre y mujer, el autor vuelve a poner en el centro a Cristo, quien es capaz de sanar cualquier relación mal entendida y limpiar de origen lo que el pecado pudo dañar, así recoge las palabras de Aelredo de Rievaulx (siglo XII): «Estamos tú y yo, y espero que el tercero entre nosotros sea Cristo» (p. 323). Si esto es así, el vínculo humano está más allá del tiempo, del espacio y de nuestras pobres categorías. Y se transforma en un lugar al que asirse cuando las dificultades surjan. Al compartir las alegrías, éstas se multiplican; al participar de las dificultades, éstas se hacen más llevaderas. El vínculo de la amistad así vivida es posible porque queda sellado por la unión en Cristo.

Susana Miró López  
Profesora Doctora de Formación Humanística  
Universidad Francisco de Vitoria  
Madrid, España